

# El capital como relación diferencial: teoría monetaria y dominación económica en El anti-Edipo

*Capital as differential relation: money theory and economic domination in Anti-Oedipus*

Gonzalo Santaya\*

CONICET - Universidad de Buenos Aires  
gonsantaya@gmail.com

DOI: 10.5281/zenodo.7221729

Recibido: 14/03/2022 Aceptado: 21/06/2022

**Resumen:** La caracterización filosófica del capital en El anti-Edipo (1972) guarda sutiles pero significativas resonancias con la ontología desarrollada por Deleuze en Diferencia y repetición (1968), particularmente en el empleo de la relación diferencial  $dy/dx$  como recurso conceptual, y en la noción de “expresión”. El anti-Edipo usa aquella notación matemática para conceptualizar los flujos determinantes del *socius* capitalista, cuya heterogeneidad es expresada por dos aspectos coexistentes en la moneda. La interferencia matemática explorada previamente por la escritura deleuziana, se mezcla aquí con dos fuentes de teoría monetaria: Suzanne de Brunhoff y Bernard Schmitt. Proponemos ahondar en esta concepción deleuzo-guattariana, siguiendo la ontología diferencial y la teoría monetaria para conceptualizar el régimen de signos propio del capital, y el modo de dominación que instaura.

**Palabras clave:** Capitalismo, diferencial, moneda, signo, potencia.

**Abstract:** The philosophical characterization of capital in Anti-Oedipus (1972) holds subtle yet significant resonances with Deleuze's ontology as developed in Difference and repetition (1968), particularly around the presence of the differential relation  $dy/dx$  as a conceptual resource, as well as the notion of 'expression'. Anti-Oedipus uses the aforementioned mathematical operator to conceptualize the determinant flows of capitalism, flows whose heterogeneity is expressed by two coexisting aspects of money. The mathematical interference, previously explored by Deleuzian writings, is here extended by two French exponents of money theory: Suzanne de Brunhoff and Bernard Schmitt. We intend to delve into this Deleuzo-Guattarian conception by following Deleuze's differential ontology and money theory to conceptualize the capitalist semiotic regime, as well as the mode of domination that it sets up.

**Keywords:** Capitalism, differential, money, sign, power.

\* Doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, y becario posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET). Su investigación gira en torno a la ontología y la herencia poskantiana de Gilles Deleuze, y particularmente, de sus usos de fuentes matemáticas para la creación de conceptos filosóficos.  
<https://orcid.org/0000-0002-1998-6215>

## 1. Introducción

Junto con su crítica al psicoanálisis, el carácter más emblemático de *El anti-Edipo* es su singular retorno a Marx, que busca insuflar una nueva potencia sobre el discurso marxista tras la experiencia del mayo francés. El enfoque deleuzo-guattariano, anudando las nociones de “capitalismo” y “esquizofrenia”, propone una puesta en interferencia del psicoanálisis con la economía política. La resultante de esta interferencia es la disciplina/práctica que Deleuze y Guattari bautizan como “esquizoanálisis”, y que contiene, como una de sus bases fundamentales, un análisis “delirante” de la economía capitalista. Nos proponemos desarrollar algunas notas en torno a esa economía político-libidinal deleuzo-guattariana, tomando como eje un elemento central (y, sin embargo, poco explorado) de su análisis: el concepto de *dinero* o *moneda*, y su rol tanto ontológico como semiótico en el capitalismo. Según afirman nuestros autores, es precisamente por la monetización de las relaciones productivas que el *socius* capitalista logra imponerse como “el objeto global de una inversión de deseo” (Deleuze y Guattari, 1972, p. 284)<sup>1</sup>.

A diferencia de las formaciones “primitivas-salvajes” y “bárbaras-despóticas”, la “civilizada-capitalista” surge cuando el dinero cobra una autonomía relativa con respecto a los sistemas de codificación del poder social, y entra en una relación particular con la actividad productiva —la cual engloba, según nuestros autores, tanto el trabajo como el deseo—. El dinero deviene capital al volverse el objeto de una inversión colectiva del deseo, que lo convierte en lo que Deleuze y Guattari llamarán “cuerpo sin órganos” (CsO) —es decir, la instancia que aparece como “cuasi-causa” de la producción y reproducción sociales, constituyendo la superficie donde se “registra” ese proceso productivo—:

<sup>1</sup> En todas las referencias bibliográficas, utilizamos (salvo aclaración) la versión francesa original consignada en la bibliografía, y las traducciones son propias. En esta cita, utilizamos “inversión” para traducir “*investissement*” (en lugar del término técnico del psicoanálisis freudiano “*catexis*”, elegido por Francisco Monge en su traducción española de *El anti-Edipo*). Lo hacemos para mantener el doble sentido del término francés con el que juegan Deleuze y Guattari, para referir tanto a la carga de energía libidinal inconsciente dirigida a una representación, como a la acción de dirigir un caudal de dinero con el fin de obtener una ganancia.

El capital es el cuerpo sin órganos del capitalista, o más bien del ser capitalista. Pero, en tanto tal, él no es solamente la sustancia fluida y petrificada del dinero, él le dará a la esterilidad del dinero la forma bajo la cual éste produce dinero (1972, p. 16).

Si, en las formaciones previas, el dinero circula por circuitos pre-cualificados y bien delimitados del cuerpo social, es porque los *signos* de poder residen en otra parte: la Tierra —como CsO del *socius* salvaje— y el déspota —como el CsO del *socius* bárbaro— erigen dos tipos de sistemas semióticos que inscriben los roles y funciones de los individuos humanos en un régimen jerárquico basado en una instancia que no es primariamente económica. Por eso, cuando el dinero aparece “liberado” de esas ataduras, y su multiplicación se convierte en el fin último de personas, grupos, y Estados por igual, los “signos de potencia” social (p. 271 y 297) devienen *directamente económicos*, configurando una nueva semiótica y una nueva forma de organización social.

Al desarrollar su análisis en torno a la conformación de esta organización, Deleuze y Guattari definen al capitalismo como un sistema de relaciones diferenciales entre flujos decodificados de riqueza y de trabajo abstractos, sistema que se sostiene en base a una axiomática. El uso de estas nociones matemáticas no remite a un sentido técnico o literal, basado en los usos de la ciencia exacta —pero tampoco se trata de una mera metáfora, cosa que Deleuze rechaza al hablar de las relaciones entre nociones científicas y filosóficas frecuentes en su obra.<sup>2</sup> La axiomática es *social* antes que científica (dependiendo esta última de aquella), así como la relación diferencial caracteriza la “abstracción” de la riqueza y el capital, y no variables matemáticas. Pero la axiomática capitalista, como su relación diferencial, encuentran en la forma y el movimiento dinerarios su concreción en el cuerpo social, su sostén *expresivo*. En efecto, la noción marxista de plusvalía es re-definida por Deleuze y Guattari como relación diferencial entre flujos de capital y trabajo abstractos, mediante “la disparidad entre los dos aspectos de la moneda *que los expresan*” (1972, p. 282, cursivas nuestras).

<sup>2</sup> Este rechazo puede verse explicitado, por ejemplo, en Deleuze (1968, p. 235 y 246; 1990, p. 45; 2002, p. 48). Para una profundización más reciente de este tema, y de las relaciones concretas (de “alianzas” y ecos”) establecidas entre ciencia y filosofía, puede verse Rae (2020).

El recurso a la noción de “relación diferencial”, como a la de “expresión”, no son novedades en la obra deleuziana, sino que definen momentos claves de su ontología, principalmente desarrollada en *Diferencia y repetición*. En *El anti-Edipo*, estos términos toman un rol específico en la determinación del capital, que Deleuze y Guattari (1972, pp. 271-272, 282-283, 298 y 449) complementan con la lectura de dos economistas franceses contemporáneos a su obra: la marxista Suzanne de Brunhoff, y el post-keynesiano Bernard Schmitt. Desde enfoques distintos, Schmitt y de Brunhoff analizan el rol del dinero como desdoblado en dos esferas heterogéneas (moneda de crédito y moneda como medio de pago o salario). Esta dualidad —según Deleuze y Guattari— *expresa* la inconmensurabilidad de los flujos decodificados conjuntados por la axiomática capitalista, pero, a la vez, es cínicamente enmascarada bajo la ficción de la moneda como forma universal de la riqueza.

En cierto punto, este trabajo toma como punto de inspiración y foco de debate la propuesta de Roffe (2015), continuada por Holland (2019), que retoma a Deleuze y Guattari, Quentin Meillassoux y Achille Ayache para construir un *concepto filosófico del mercado*. Esta propuesta toma la categoría del “precio” como unidad de análisis, y lo define como un *enunciado* contingente y absolutamente singular. El mercado aparece allí —siguiendo la teoría deleuziana de los signos y las cantidades intensivas— como la *superficie intensiva universal* de inscripción de los precios, donde cada precio es un signo intensivo, a la vez envolvente y envuelto por los restantes, y cada uno desde su inscripción reconfigura esa superficie adimensional que los *complica* a todos (ver Roffe, 2015, pp. 83-84). El aporte de Roffe es fundamental para plantear, desde la filosofía deleuziana, la discusión sobre uno de los problemas más acuciantes de nuestra actualidad (el orden global económico contemporáneo), pero, a nuestro entender, soslaya en su análisis la dimensión de la dominación económica específicamente capitalista.<sup>3</sup> Un acercamiento a la ontología deleuziana en juego en *El anti-Edipo*, y a las fuentes de teoría monetaria deleuzo-guattarianas, puede ser de utilidad para contribuir al

<sup>3</sup> Enfocando el mercado como superficie de inscripción, y enfatizando la radical contingencia de sus signos (precios), Roffe desplaza el énfasis de la cuestión de las *potencias* heterogéneas que entran en juego en el contexto específicamente capitalista: capital y trabajo mediados por la *moneda*, que es, en definitiva, la “lengua” de los precios, y que conjuga la axiomática capitalista con el deseo (como analizamos en nuestra segunda sección).

pensamiento filosófico sobre el mercado capitalista (y a las *prácticas* pasibles de componerse con y contra él).

En lo que sigue, entonces, la propuesta es desarrollar algunas notas en torno a la definición de la esencia del capitalismo como una relación diferencial expresada por la moneda, bajo el prisma de las nociones matemáticas y las fuentes de teoría monetaria citadas en *El anti-Edipo*. Nos preguntamos: ¿cuáles son los caracteres específicos bajo los cuales aparece la relación diferencial en esa obra, y en qué sentido prolongan los usos ontológicos de *Diferencia y repetición*? ¿Cómo se vincula esa relación con la producción deseante, y con el proyecto general de conectar el psicoanálisis y la economía política, considerando que es bajo los signos del dinero como “potencia económica” que el *socius* capitalista deviene objeto de deseo? ¿De qué modo, y hasta qué punto, esta “potencia” supone un régimen inédito de dominación social? Estas tres preguntas conforman los tres puntos que desarrollamos a continuación.

## 2. Relación diferencial y plusvalía “de flujo”

En sentido amplio, el capital es “dinero que engendra dinero” (lo que Deleuze y Guattari llaman régimen “filiativo” de la forma dineraria). Un stock de dinero no es capital sino en cuanto es puesto en circulación en condiciones tales que su flujo produce una fluxión, un diferencial de valor. El clásico ejemplo marxista parte de 100 £ que, invertidas en producción, se vuelven 110 £ en la venta del producto, en un ciclo D-M-D’ (ver Marx, 2008, p. 184; Deleuze y Guattari, 1972, p. 269). Este esquema simplificado, que constituye la base de la construcción conceptual marxista sobre el proceso de producción capitalista, sugiere que el valor de una mercancía (dado por la cantidad de trabajo contenido en ella) puede ser objetivamente expresado en términos de un precio, y que, por lo tanto, la plusvalía (cantidad de valor producida por el trabajador, pero no remunerada) es una cantidad calculable aritméticamente (diferencia entre los montos D’ y D).

En lugar de D’-D, *El anti-Edipo* comienza por determinar la plusvalía capitalista en términos de un diferencial:  $dx$ . Hace esto no sólo para eludir las críticas de los economistas capitalistas que señalan que la plusvalía no es “matemáticamente determinable” (Deleuze y Guattari, 1972, p. 271), sino, principalmente, para

vincular la esencia del capitalismo con la noción fundamental de “flujo”, propia del enfoque económico-libidinal:

Lo abstracto plantea por sí mismo la relación más compleja en la que va a desarrollarse «como» algo concreto. Es la relación diferencial  $Dy/Dx$ , en la que  $Dy$  deriva de la fuerza de trabajo y constituye la fluctuación del capital variable, y donde  $Dx$  deriva del capital mismo y constituye la fluctuación del capital constante [...]. De la fluxión de los flujos decodificados, de su conjunción, resulta la fórmula filiativa del capital  $x+dx$ . La relación diferencial expresa el fenómeno fundamental capitalista de *la transformación de la plusvalía de código en plusvalía de flujo*. (Deleuze y Guattari, 1972, p. 270).

Si los conceptos de “flujo” y “código” constituyen una novedad en su prosa, la relación diferencial es un recurso que Deleuze utilizó en otros momentos, claves y enigmáticos, de su obra en solitario. Ella aparecía en *Nietzsche y la filosofía* para definir la noción de voluntad de poder (Deleuze, 1962, pp. 57-58), y en *Diferencia y repetición*, para desarrollar el plano de la Idea o problema virtual (Deleuze, 1968, pp. 221-228). El símbolo  $dx$  aparece así, en su materialidad, como una marca de escritura que se repite, con variaciones, hasta llegar a la relación diferencial capitalista. Contextualizar esas apariciones previas puede servir, entonces, para complementar unas con otras y establecer la noción de “flujos decodificados” en su dimensión ontológica.<sup>4</sup>

En *Nietzsche y la filosofía*, la voluntad de poder es el elemento determinante de la noción de *fuerza*, que, a su vez, define la de cuerpo: todo cuerpo es un “campo de fuerzas” (Deleuze, 1962, p. 45). La relación de fuerzas no implica sólo una diferencia de cantidad, sino una de cualidad: unas son dominantes y otras dominadas, unas activas y otras reactivas. Esta diferencia constituye la esencia de las fuerzas. La voluntad de poder es un complemento *interno* a la fuerza, que funge

<sup>4</sup> Además de estas menciones, Deleuze se apoya en las diferenciales para construir su interpretación filosófica de Leibniz en su obra de 1988 consagrada al pensador alemán. Ferreyra (2010) desarrolló una lectura de *El anti-Edipo* a partir de un marco construido desde *Diferencia y repetición* y *El pliegue*, enfatizando en la relación diferencial como núcleo ontológico del capitalismo y la fuente de su régimen de representación, que pasa por una interiorización subjetiva del infinito como movimiento esencial para operar la “privatización” de los individuos humanos.

como *principio genético* de ella. Al estar determinada sólo en y por su relación con otras, cada una

reenvía necesariamente a un elemento diferencial de las fuerzas en relación, el cual es también el elemento genético de las cualidades de estas fuerzas. He aquí la voluntad de poder: elemento genealógico de la fuerza, a la vez diferencial y genético [...] principio para la síntesis de las fuerzas (Deleuze, 1962, p. 56).

Ella funciona como principio plástico, coextensivo a las fuerzas que habita, atravesando y determinando la vida hasta en sus ínfimas partes. Si toda fuerza es índice de una capacidad, de un *poder*, la voluntad de poder es lo que *quiere* en ella. “Más precisamente: la voluntad de poder se suma a la fuerza como el principio interno de la determinación de su cualidad en una relación ( $x+dx$ ), y como principio interno de la determinación cuantitativa de la relación misma ( $dx/dy$ )” (p. 58). Todas estas indicaciones dan valiosas sugerencias para encuadrar el pasaje previamente citado de *El anti-Edipo*. Capital y trabajo, *fuerzas* productivas que determinan el *cuerpo* social, permanecen abstractas (ni cualificadas ni cuantificadas) fuera de la relación en la que forman ese cuerpo. La fluxión de la plusvalía ( $dx$ ) aparece allí como un complemento *interno* al flujo de dinero abstracto, por el cual este adquiere la capacidad de generar un cierto efecto en la estructura productiva, en vistas a su auto-reproducción y expansión. Este efecto depende necesariamente de su relación con  $dy$ , complemento *interno* a la fuerza de trabajo. De esa conjunción se desprenderá no sólo una diferencia de cantidad, sino una cualitativa: dominante-dominada...

Pero es en *Diferencia y repetición* que Deleuze da a los diferenciales toda su dimensión ontológica y su densidad conceptual. La relación diferencial y sus momentos son desplegados para desarrollar un concepto de Idea como pura diferencia, que condensa una articulación interna entre valores lógicos, principios ontológicos y elementos trascendentales.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Hemos desarrollado en extenso una reconstrucción del contexto y el sentido de estos pasajes en Santaya (2017).

El símbolo  $dx$  aparece a la vez como indeterminado, como determinable y como determinación. A estos tres aspectos corresponden tres principios que forman la razón suficiente: a lo indeterminado como tal ( $dx$ ,  $dy$ ) corresponde un principio de determinabilidad; a lo realmente determinable ( $dy/dx$ ) corresponde un principio de determinación recíproca; a lo efectivamente determinado (valores de  $dy/dx$ ) corresponde un principio de determinación completa. En suma,  $dx$  es la Idea —la Idea platónica, leibniziana o kantiana, el «problema» y su ser. (Deleuze, 1968, pp. 221-222).

Las diferenciales simbolizan aquí la categoría fundamental de “problema”, núcleo de la ontología deleuziana de *Diferencia y repetición* —que consiste precisamente en una ontología según la cual todo aquello que es, surge como solución a un problema. La Idea o problema es absolutamente irreductible a los objetos cualificados y extensos de la experiencia, pero no existe de modo autónomo por fuera de ellos, sino que *insiste en ellos* y los trabaja como *principio interno* de razón suficiente.

En tanto irreductible a lo dado, la Idea es en sí indeterminada, compuesta por elementos abstractos que no tienen forma sensible, ni significación conceptual, ni función asignable (ver Deleuze, 1968, p. 237). En este sentido, ella se presenta como fondo continuo o disolutivo de toda forma cualificada, fondo que no se deja apresar bajo la cantidad, sea esta un número finito determinado o una variable a la que corresponderían distintos valores posibles. Deleuze (1968, p. 222) llama, respectivamente, *quanta* y *quantitas* a estas figuras de la cantidad. ¿Por qué este despojo de todo valor, significado, forma o función? Porque sólo así el principio ontológico puede superar el vicio de arrastrar caracteres de lo fundado. Sólo irrumpiendo en lo fundado como aquello que desintegra o *desfonda* las determinaciones empíricas, la pura diferencia puede manifestarse en su poder genético (la producción de una determinación es entonces coetánea a una disolución de cierta configuración empírica). Al igual que la voluntad de poder, la Idea es una pura diferencia que excede el régimen de lo cuantitativo y lo cualitativo, pues es la razón suficiente de ese régimen. La diferencia en tanto *principio* no supone ningún carácter dado, sino una pura presencia imposible de ser representada como tal. Por eso el elemento abstracto  $dx$  es apropiado para su caracterización. Por eso, y porque su poder genético lo supone siempre ya en *relación* con otro diferencial,  $dy$ . *Entre dy y dx* aparece esa pura diferencia en su



manifestación, en una ontología que postula la primacía de las relaciones sobre sus términos.

En efecto, es en y por la relación que lo indeterminado o abstracto deviene efectivamente determinable, en una síntesis recíproca  $dy/dx$ , donde lo a-cualitativo deviene cualidad, “y a este título expresa una función que difiere en naturaleza de la llamada primitiva” (Deleuze, 1968, p. 224). Deleuze toma los diferenciales en el sentido matemático del cálculo de derivadas, para indicar que, así como la relación diferencial atraviesa esas cantidades indeterminadas para operar el *pasaje* desde una función dada hacia una nueva (la derivada asociada a la primitiva), el principio ontológico desfonda lo dado y atraviesa lo indeterminado para generar *valores*, de los cuales depende la génesis de una nueva determinación. La forma de lo determinable arroja así a la determinación completa, cuando se consideran los valores de la relación diferencial. Deleuze toma aquí el modelo del desarrollo de funciones mediante series de potencias (ver Duffy, 2006; Santaya, 2020), donde las derivaciones sucesivas de una función primitiva producen una sucesión ordenada de funciones a potencias crecientes, y de *puntos singulares* que cortan y articulan diferentes ramas de esas sucesiones o series.

El interés y necesidad de la forma serial aparecen en la pluralidad de las series que ella subsume, en su dependencia respecto a los puntos singulares, en el modo en que se pasa de una parte del objeto en que la función es representada por una serie, a otra donde ella se expresa en una serie diferente (Deleuze, 1968, p. 228).

Así, los elementos diferenciales, que indican en principio una pura indeterminación o abstracción (tomando el rol de lo *universal*), entran en una síntesis recíproca por la cual generan cadenas de series interconectadas, formando por regímenes continuos o estables que se componen entre sí, o bien, se descomponen unos contra otros, de acuerdo a las singularidades que los habitan y determinan. En efecto, estas series pueden converger en torno a los puntos singulares y determinar una forma (lo cual da a lo universal un carácter *concreto*), o bien, divergir, generando las condiciones para una nueva forma que indica el fin o el “límite” de la precedente. Estas determinaciones o singularidades constituyen, junto con lo indeterminado y su determinabilidad, el plano virtual o *pre-individual* de las relaciones constitutivas de un proceso de individuación, a través del cual un individuo se gesta y se transforma, se compone con otros, o se descompone.

Volvamos entonces a la relación diferencial capitalista, teniendo en cuenta que ella determina una forma específica de *socius*, o *cuerpo* social (el campo pre-individual del *socius* capitalista), mediante una conjunción de flujos decodificados. Estos flujos corresponden a las dos *abstracciones* que entran en juego como razón suficiente de la génesis de ese cuerpo, riqueza y trabajo. Se habla aquí de abstracción en el mismo sentido del universal concreto de *Diferencia y repetición*: fondo continuo, disolvente, en principio no capturado bajo ninguna forma cuantitativa o cualitativa, y que *disuelve* las configuraciones estables previas (los regímenes salvajes y bárbaros). El trabajo abstracto, como pura actividad productiva, supone la superación de toda forma de trabajo concreto o codificado (cualificado y cuantificado). En cuanto codificado, el trabajo remite a un régimen de evaluación socialmente compartido que lo vuelve “objetivamente” mensurable en extensión; por ejemplo, contenido en su producto, y expresable en un *quantum* particular (ver Deleuze y Guattari, 1972, p. 268) que dicta su valor y su posibilidad de intercambio con otro producto de valor equivalente (como en el modelo marxista del intercambio simple, primer escalón del análisis de la mercancía; ver Marx, 2008, pp. 58-60). Por otra parte, la riqueza abstracta aparece como decodificación de la moneda, la cual forma originalmente el equivalente general que, si bien puede tomar el valor de un monto de dinero cualquiera, supone siempre un monto concreto —“el reino de la *quantitas*, la cual puede tomar todo tipo de valores particulares o valer por todo tipo de quanta” (Deleuze y Guattari, 1972, p. 268-269).

Pero *quanta* y *quantitas*, mercancía o monto de dinero, pueden funcionar codificadas o territorializadas independientemente, en dos tipos distintos de circuitos de intercambio, compatibles con las formaciones sociales pre-capitalistas: mercado *directo* de trueque, o intercambio sobre-codificado y *mediatizado* a través de la acuñación estatal de moneda (el dinero, en este sentido, es invención del Estado, *Urstaat* o *socius* despótico, y no del capitalismo; ver Deleuze y Guattari, 1972, p. 233).<sup>6</sup> Riqueza y trabajo se vuelven flujos decodificados o abstractos a lo

<sup>6</sup> En este sentido, Sibertin-Blanc (2013, p. 55) señala que el orden de las razones no va del intercambio de mercancías hacia la acuñación de moneda para satisfacer una necesidad espontánea de un equivalente general, sino que sigue la secuencia: “constitución de un stock metálico → creación de un sistema de circulación [...] donde las emisiones de este stock podrán funcionar como moneda → circulación efectiva de los valores de cambio monetarizados bajo

largo de diferentes avatares históricos contingentes, para asociarse en el modo capitalista de producción, en la medida en que devienen indisociables y se reclaman mutuamente para *devenir concretos*. El flujo decodificado de trabajo abstracto no supone ninguna actividad en particular, sino la mera capacidad de actuar productivamente; el capital no supone ningún monto de dinero en particular, sino la mera capacidad de engendrar más dinero: ambos forman la *plusvalía de flujo*, contra las antiguas formas de plusvalía de “código”, asociadas a las formas cualificadas (finitas, locales) de prestigio social propias de los *socius* territorial y despótico. El flujo de capital decodificado se acopla a otros flujos (y en particular, al flujo de trabajo abstracto) con el fin de *aumentar su propia fluidez*, al infinito —sin límite asignable. De este modo, la *fluji3n* o variaci3n instantánea de estos flujos, en la medida en que opere al alza respecto al capital inicial, es el factor determinante sobre la producci3n.

Ahora bien, a pesar del mutuo reclamarse de las diferenciales en su devenir concreto, la relaci3n diferencial no supone a la riqueza y al trabajo en pie de igualdad, sino que una de ellas deviene *dominante*. Si las diferenciales indican la *voluntad de poder* que habita las distintas componentes de un campo de fuerzas, cualificando y cuantificando dicho campo, ellas indican necesariamente una relaci3n de dominaci3n, una variaci3n de una en funci3n de la otra. En la fórmula filiatiua de la plusvalía,  $x+dx$ ,  $dx$  indica la necesaria síntesis recíproca con  $dy$ , pero  $x$  e  $y$  remiten —según indicaba el pasaje de *El anti-Edipo* citado más arriba— a dos *partes* del capital invertidas en el proceso de producci3n: respectivamente, capital constante (invertido en medios de producci3n) y capital variable (invertido en fuerza de trabajo). El incremento de  $x$ , capital constante o disponibilidad del capitalista para relanzar el ciclo productivo, es la finalidad del circuito. Respecto a  $x$ , el incremento de  $y$  es accidental, subordinado: la inversi3n en nueva maquinaria que reduce la mano de obra, la tercerizaci3n de procesos, la migraci3n de inversiones según la fluctuaci3n del costo laboral en distintos lugares del mundo, atestiguan esta potencia superior del capital, su capacidad de desterritorializarse y reconfigurar la estructura productiva a nivel global, imponiendo en cada caso quiénes y en qué condiciones concretizarán el flujo de trabajo abstracto.

condiciones sistémicas de control estatal”. Así, el Estado, en tanto polo trascendente, toma bajo su control la actividad productiva mediante la moneda como vía de homogeneizar y capturar sus productos.

Pero, ¿hasta dónde puede expandir el capital esta potencia dominante? A contrapelo de lo que ocurría en *Diferencia y repetición*, el momento de la *determinación* del capital (el devenir concreto de la riqueza abstracto o universal) parece incapaz, en última instancia, de generar singularidades tales que organicen series convergentes en torno a un límite numéricamente determinable. Puesto que, conceptualmente, el incremento de capital no necesita detenerse en un monto de dinero determinado (más bien al contrario, necesita *no* detenerse, si ha de determinarse como capital), resulta imposible que el capitalismo se constituya como un régimen de individuación social tal que configure su propia anulación en virtud de un nuevo régimen.<sup>7</sup> Esto se debe a que la infinita mutabilidad y potencia desterritorializante del capital implica la individuación de un *socius* en permanente ruptura o divergencia consigo mismo, donde, en principio, cualquier flujo puede ser cooptado y subordinado por el flujo de capital. Los capitalistas particulares pueden perder, incluso ir a bancarrota masivamente en tiempos de crisis, pero, como ocurre que las pérdidas de unos se traducen en ganancias para otros, el capital en tanto flujo de riqueza *abstracta* (y en este sentido *impersonal*) siempre es capaz de relanzar su propio ciclo.

En tales condiciones, la síntesis recíproca  $dy/dx$  es incapaz de generar una nueva función (derivada) que llegue a anular a  $x$ . Esto es caracterizado por Deleuze y Guattari (1972, p. 274) a partir de un texto de Jean-Joseph Goux, sobre el descubrimiento “monstruoso” en matemáticas de las curvas continuas sin derivadas (como la “función de Weierstrass”). Dice Goux:

Spongamos una línea continua pero quebrada. Transformemos cada segmento (al interior de sus límites) en una nueva línea quebrada. Multipliquemos esta operación *al infinito*, de tal suerte que todos los puntos de la línea sean puntos de ruptura [...]. Se trata de una trayectoria continua sin dirección (1970, pp. 45-46).

Un fractal, una curva sin tangente, en la que ninguna variación se traslada “suavemente” de un punto a otro. Como un diagrama de dientes de sierra (a

<sup>7</sup> Sobre la *muerte* como destinación necesaria para todo proceso de individuación, ver Deleuze (1968, p. 328). Sobre la inédita relación del *socius* capitalista con el instinto de muerte que este produce, coextensivo a todo el sistema social en una muerte siempre desplazada *desde adentro*, ver Deleuze y Guattari (1972, p. 312, y 401-404).

propósito, el tipo de diagrama básico para todo análisis de mercados), donde cada segmento, aún infinitesimal, es a su vez un diente de sierra. En una “curva” semejante, *todos* los puntos son singularidades divergentes, y se hace imposible determinar un *sentido*. De ahí el régimen esquizofrénico de individuación del *socius* capitalista, como límite de toda formación social.<sup>8</sup>

Todo esto deriva de la redefinición de la plusvalía a través de una relación diferencial entre dos fuerzas o potencias *absolutamente* inconmensurables.

La noción de plusvalía debe ser revisada en función de la plusvalía maquina del capital constante, que se distingue de la plusvalía humana del capital variable, y del carácter no mensurable de este conjunto de plusvalía de flujo. Ella no puede ya definirse por la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor generado por la fuerza de trabajo, sino por la inconmensurabilidad de dos flujos que sin embargo son mutuamente inmanentes, por la disparidad entre los dos aspectos de la moneda que los expresan, y por la ausencia de límite exterior a su relación, uno midiendo la verdadera potencia económica, el otro midiendo un poder de compra determinado como «renta» (Deleuze y Guattari, 1972, p. 282).

El mundo del capital, aunque se desarrolla en permanente auto-ruptura o divergencia a causa de la radical heterogeneidad de los flujos que conjunta, logra sin embargo sostenerse en virtud de la mutua inmanencia que esos flujos adquieren

<sup>8</sup> Esta estructura ontológica de auto-ruptura constante no implica que no existan configuraciones y tendencias estables al interior del capitalismo. Diferentes *patrones de acumulación* o regímenes de funcionamiento se suceden en la historia del capital, donde primaron, alternativamente, el capital mercantil, industrial, financiero... Pero estos regímenes implican una configuración empírico-histórica determinada por diferentes factores coyunturales y principalmente por las reconfiguraciones del capital tras períodos de crisis. La imagen de la continuidad permanentemente quebrada indica el fondo *ontológico* del capital en tanto incapaz de evitar las crisis cíclicas que amenazan potencialmente el sistema *desde adentro* sin solución de continuidad, y en tanto capaz de reconfigurarse desplazando sus límites. Exposto y Varela (2020, p. 222 y ss.) señalan este carácter fractálico de la forma-mercancía extendido al conjunto de lo social: “La mercancía es una categoría fracturada que subtiende a repetirse, en diferir ilimitado de sí misma, en los diferentes registros, órdenes de determinación, relaciones sociales, prácticas concretas y procesos del capitalismo”.

en tanto *expresados por la moneda*. Si hasta aquí seguimos el hilo ontológico para contextualizar el sentido de la relación diferencial capitalista, tenemos ahora que seguir el de la economía política, para indagar en esos “dos aspectos de la moneda” que determinan el devenir-concreto de los flujos, fundando una semiótica específicamente capitalista, basada en “signos de potencia” económica.

### 3. Teoría monetaria y heterogeneidad de flujos

El análisis de la plusvalía como relación diferencial nos conduce a la desconcertante imagen de una formación social cuyo modo de reproducción se halla subterfugado por una brecha insuperable, una continuidad permanentemente quebrada. Uno se pregunta por qué el proceso sigue en marcha, por qué el *socius* no estalla o se desintegra, cómo obtiene su duración desde su incapacidad para generar sentido, su continuidad cuando cada uno de sus puntos es potencialmente crítico. La respuesta deleuzo-guattariana a esta pregunta tiene dos caras, de acuerdo al enfoque económico político-libidinal. Por un lado, existe una *axiomática social* que opera la *conjunción* de los flujos inconmensurables. Por otro lado, una *inversión colectiva de deseo* carga libidinalmente el sistema resultante.

Una axiomática remite a un conjunto finito de reglas que definen las conexiones posibles para un conjunto infinito de elementos abstractos o no especificados, a partir de las cuales podrán formarse teoremas o enunciados (devenir concreto de los elementos); ella es “una operación de finitud que trabaja sobre la materia infinita, es la representación finita de un proceso infinito” (Deleuze, 2009, p. 113). La axiomática capitalista se encarga de mantener la conjugación de los flujos decodificados necesaria para la prolongación del régimen de la plusvalía de flujo. Ella no deriva de un agente particular (Estado, empresa, banco o persona),<sup>9</sup> sino del movimiento mismo del *socius* libidinalmente cargado. Es por esto que la axiomática no consiste en un sistema semiótico de *codificación* (como ocurre en los *socius* primitivo y bárbaro, que capturan los flujos en bloques o unidades finitas

<sup>9</sup> Por supuesto, los movimientos y decisiones de los Estados económicamente dominantes, de las grandes corporaciones y organismos de financiamiento multinacionales, y de los detentores de grandes fortunas, son determinantes en su constitución. Sin embargo, dado que las decisiones de estos agentes están a su vez determinadas por la auto-reproducción de la riqueza en sí misma, quiénes sean en cada caso estos agentes carece de relevancia filosófica.

cualificadas). Ella es el sustrato para una nueva semiótica que pone a los flujos en relación diferencial *directa*, se modula a partir de las diferentes tendencias y prácticas destinadas a la reproducción del flujo de capital, y es registrada en la superficie metafísica del CsO. El *dinero que engendra dinero* funciona como esa instancia que atrae el deseo y constituye la superficie de registro del proceso productivo. Y la *monetización* de la economía —en la cual la axiomática y el Estado capitalista juegan un rol central— aparece aquí en toda su importancia: “Es al nivel de los flujos monetarios, no al nivel de la ideología, que se hace la integración del deseo” (Deleuze y Guattari, 1972, p. 284).

Como adelantamos, Deleuze y Guattari se apoyan en el trabajo de dos economistas para describir la dinámica de los flujos monetarios. Por un lado, la marxista Suzanne de Brunhoff, autora de dos libros citados por nuestros autores: *La monnaie chez Marx* (1967)<sup>10</sup> y *L'offre de monnaie* (1971). Por otro lado, Bernard Schmitt, un post-keynesiano particularmente heterodoxo, creador de la llamada “macroeconomía cuántica” (ver Cencini, 2017). Deleuze y Guattari citan su obra *Monnaie, salaires et profits* (1966), una profundización de su trabajo doctoral de 1960, *La formation du pouvoir d'achat*, donde estudiaba precisamente la *génesis* del poder de compra atribuido a la moneda. Si bien los posicionamientos, la retórica y las conclusiones de ambos economistas son muy diferentes, Deleuze y Guattari rescatan un aspecto común a sus análisis: el problema de la creación de moneda a partir del desdoblamiento de la forma dineraria en dos esferas de circulación relativamente autónomas, a saber, la moneda como remuneración salarial o renta, y la moneda de crédito o moneda bancaria.<sup>11</sup> La primera se vincula con el capital variable *y*, invertido en fuerza de trabajo, y se traduce en salario o renta como *moneda territorializada o codificada* en un circuito de intercambio de bienes de uso, mientras que la segunda se vincula con el capital constante *x*, inversión destinada a medios de producción, y se traduce en el crédito bancario en tanto *moneda desterritorializada o decodificada*. Esta última, moneda “negativa”, puro flujo

<sup>10</sup> Usamos aquí su traducción española de 1973, consignada en la bibliografía.

<sup>11</sup> En la investigación que condujo a este trabajo, no hemos dado con bibliografía especializada que revise las fuentes de economía política deleuzo-guattarianas, con excepción de Rosanvallon y Preteseille (2016, en particular pp. 110-117), quienes utilizan el trabajo de Schmitt para hablar de una “macroeconomía cuántica de los flujos”.

abstracto de valor “por-valorizarse”, es la cara monetaria que captura el deseo y lo envuelve en el ciclo ilimitado de la continuidad quebrada del *socius* capitalista.

¿Cómo se configura la relación entre axiomática capitalista y deseo, desde el punto de vista monetario? De acuerdo con Deleuze y Guattari (1972, p. 273), fue Keynes quien introdujo “el deseo en el problema de la moneda”, por lo cual no sorprende que nuestros autores buscaran en su escuela una fuente de referencia para indagar en la cuestión. Schmitt —que tiene el mérito de proveer “una interpretación delirante de un sistema igualmente delirante” (Deleuze y Guattari, 1972, p. 449)— desarrolla una teoría monetaria afín a la concepción económico-libidinal de *El anti-Edipo*.

Este economista comienza por criticar a la escuela clásica y neo-clásica, las cuales atribuyen a la moneda la única función del intercambio mercantil, volviéndola inseparable del poder de compra como propiedad intrínseca y fundamental (ver Schmitt, 1966, p. 10). Si la moneda conservara intrínsecamente un valor, ella sería completamente homogénea a las mercancías y al trabajo que las produce: el salario sería entonces un simple trueque, un intercambio de valores homogéneos. Pero esto falla en explicar el rol de la moneda en el proceso productivo. El intercambio es sólo entre *productos*, y se juega meramente “en el plano de los efectos” (p. 11), sin mostrar la *causa productiva* que da cuenta de ellos. Schmitt insiste en que, desde un punto de vista macroeconómico, la producción es primera respecto a la moneda; o mejor, en que la producción *crea el poder de compra* de una moneda que originalmente es un *puro número*, unidad de cuenta, “puro signo desprovisto de espesor propio” (p. 9), moneda “nominal”, neutra, abstracta o indeterminada.

Mientras que la producción *crea* el poder de compra sobre una moneda neutra emitida por el sistema bancario, el consumo *destruye* ese poder. La moneda adquiere poder de compra cuando es repartida entre los factores de producción (es decir, cuando deviene salario o renta), y pierde ese poder cuando es cambiada por los productos emanados de estos factores (es decir, cuando los salarios se cambian por bienes de consumo). La moneda supone así un ciclo en el que se carga alternativamente de positividad y negatividad,<sup>12</sup> en tanto es invertida en

<sup>12</sup> Schmitt propone la imagen de un circuito eléctrico para pensar estos ciclos, que nos recuerda a la noción deleuziana de *intensidad* y su relación con la entropía



producción y *desinvertida* en consumo, volviendo a “neutralizarse” o nominalizarse al pasar a ser unidad de cuenta empresarial o bancaria. Su poder no es una propiedad intrínseca sino cíclica y relacional, que le viene dado en cuanto entra en un circuito en el que, simultáneamente, fomenta la producción posibilitando el consumo de lo producido. La totalidad de la renta nacional de un país equivale a la suma de sus salarios en tanto son medidos en unidades de moneda nominal (Schmitt, 1966, p. 13), y el total de esa moneda “neutra” emitida corresponde siempre a toda la producción realizada. En términos de Rosanvallon (y Preteseille, 2016, p. 111), salarios nominales, producto y moneda constituyen los atributos, en sentido spinozista, de una misma sustancia o sistema auto-(re)productivo.

La moneda nominal o abstracta solo es *realizada* en cuanto es “integrada” en el régimen productivo: “La integración es la operación por la cual las empresas (no los bancos) transforman la moneda desmaterializada en potencia de adquisición objetiva sobre el conjunto de los productos corrientes” (Schmitt, 1966, p. 14). Ahora bien, ¿cuál es el rol de los bancos? Al buscar la respuesta de Schmitt a esta pregunta, encontramos la dualidad monetaria que indicaban Deleuze y Guattari, y el *cinismo* que denunciaban, por cuanto la “potencia positiva” de la moneda como poder de compra queda opacada por las operaciones bancarias con moneda nominal. La “negatividad” de esta moneda es relativa a su incapacidad de ingresar por sí misma al circuito del consumo, y a su dependencia respecto al sector productivo como mediación por la cual ella puede integrarse; pero esta impotencia de intercambio mercantil no es impotencia sin más. Si las empresas crean *el poder de compra* de la moneda (mediante el pago de salarios), los bancos *crean moneda*. Ambas funciones están enlazadas. La creación monetaria responde a la necesidad

en un sistema extensivo (Deleuze, 1968, pp. 294-295): “Cada vez que la moneda es entregada en rentas a los factores, aparece una «electricidad» positiva y al mismo tiempo una «electricidad» negativa, pero en dos extremos separados. La electricidad negativa está en la empresa productora, y la electricidad positiva está en manos de los titulares de la renta. Resulta entonces una fuerza entre las electricidades de signo contrario, y consecuentemente la atracción de los bienes físicos producidos en la empresa por la moneda distribuida en posesión” (Schmitt, 1966, p. 287). De ahí la permanente necesidad de la economía capitalista de que la moneda sea re-insuflada para mantener en marcha la producción. Schmitt propone también la imagen de la sangre que se carga y descarga alternativamente de oxígeno, para ilustrar este mismo fenómeno (ver Schmitt, 1960, p. 11).

de “*dar a la producción corriente su soporte nominal*” (Schmitt, 1966, p. 169), o, en términos deleuzo-guattarianos, su factor *expresivo*. Este soporte nominal es *realizado* al ser invertido en producción, sin lo cual posee un ser espectral, puramente *escritural*.

El ser espectral de la moneda nominal se manifiesta en la esfera del crédito, en tanto ella supone una creación espontánea, por parte del banco, de depósitos no apoyados en encajes preexistentes —operación que Schmitt (1966, p. 167) llama “depósito inicial”, o “flujo de poder mutante” (pp. 234-235). El banco conserva intacta su caja, pero crea un depósito asignado al prestatario (una empresa) en un tiempo  $t_1$ . Así, el préstamo consiste en una mera *promesa* de contar con la solvencia necesaria para realizarlo, pero es recibido *como moneda* por el prestatario, quien lo pondrá a circular como medio de pago, para pagar las rentas de sus factores de producción. Esta moneda fantasmática sólo exige, como condición para funcionar correctamente, el cerrar su circuito retornando al banco emisor en  $t_2$  (movimiento de reflujo). Al momento de la emisión ( $t_1$ ), el banco es entonces simultáneamente acreedor y deudor: es acreedor en cuanto presta, pero es deudor en cuanto no posee efectivamente aquello que presta (no traslada poder de compra almacenado en sus encajes): se vuelve *deudor de sí mismo*. La promesa bancaria es moneda, e instaura un circuito de circulación cuyo único sustento es la escritura en un registro contable. “*La inscripción es suficiente*” (Schmitt, 1966, p. 165) para esta *creatio ex nihilo* de medios de pago. Esta moneda “negativa” puede sin embargo aumentar las disponibilidades monetarias *reales*, pues representa un crédito para las empresas que “cargan” positivamente a la moneda al pagar salarios. Se monta así un circuito de circulación que, por un lado, está separado y carece de medida común con la moneda real, y por otro lado, se convierte en un factor determinante sobre esta última, al operar fluctuaciones sobre su circulación efectiva.

Este flujo de poder mutante que aparece en Schmitt como moneda “negativa” o incluso como “no-riqueza” (Schmitt, 1966, p. 249) se apoya entonces sobre otro flujo (el de circulación de moneda “real”, medio de pago y consumo), y supone agentes sociales con funciones específicas para asegurar la *traducción* o pasaje de uno a otro. Esta complementariedad y acción recíproca de diferentes esferas de circulación de la moneda es analizada por Brunhoff, quien desarrolla la cuestión de la circulación del crédito bancario no ya entre un banco y una empresa, sino *entre* bancos. Si Schmitt trabaja con el supuesto de la existencia de *un* mercado de

bienes de consumo como requisito para la integración de la moneda bancaria en la producción, Brunhoff (1971, pp. 123-124) muestra cómo la existencia de *un* banco central es requisito para la *traducción y unificación* de las monedas escriturales emitidas por *diversos bancos privados*. La función del banco central es, pues, la de operar la convertibilidad entre las distintas monedas escriturales para unificar el sistema financiero, estableciendo, según las distintas coyunturas económicas, ciertas pautas sobre su circulación: tasa de interés, plazos, etc. El objetivo de Brunhoff es criticar las teorías cuantitativas del dinero, que ven en la acción del banco central una acción exógena, unilateral y trascendente al sistema, y que toman la cantidad de masa monetaria circulante como la única variable relevante para analizar los fenómenos económicos. A contrapelo de estas teorías, Brunhoff señala que la oferta de moneda es dependiente de la *demanda* por parte de los privados, ya que estos tienen la iniciativa sobre las distintas esferas de circulación (al solicitar préstamos o realizar encajes para atesoramiento), y que la acción del banco central es endógena al sistema y limitada por sus dinámicas tanto estructurales como coyunturales. Este punto de vista, que implica la *inmanencia* de todo el sistema monetario y la acción recíproca de esferas diferenciadas pero lógicamente dependientes, se apoya en la teoría marxista de la moneda.

La perspectiva marxista, en efecto, permite correr un velo teórico que encubre la especificidad de esas distintas esferas. “Los análisis que relacionan directamente la moneda a la estructura de financiamiento se colocan en una unidad de perspectiva que *disimula* el carácter particular de los fenómenos monetarios. Se tienen en realidad estructuras diferentes, la de los medios de pago y la del financiamiento, y su puesta en relación constituye un problema” (de Brunhoff, 1971, p. 110; cursivas nuestras). La lectura de *El capital* desde su “teoría general del dinero” (de Brunhoff, 1973, p. 15) permite armar una suerte de mapa topológico del capital, según las funciones de las distintas formas monetarias y sus zonas de frontera. Como dijimos, el dinero y el intercambio mercantil son fenómenos pre-capitalistas (que aparecen como el punto de partida de Marx en el primer tomo de *El capital*). El orden secuencial de la lógica dineraria supone al dinero, primero, como *expresión* del valor, al funcionar de patrón de medida; y luego, como agente de la  *fijación de precios*, al funcionar de medio de circulación. En tercer lugar, el dinero constituye reservas de valor, al funcionar de medio de *atesoramiento* (ver de Brunhoff, 1973,

pp. 20-39), y en tanto tal, permite realizar un corte que extrae y “privatiza” una porción del “flujo social” de circulación mercantil, y conformar un stock que funciona de marcador de “poder social” (p. 42).

A su vez, el atesoramiento constituye un fenómeno de “*frontera* que separa a la economía monetaria de la economía de trueque” (de Brunhoff, 1973, p. 14; cursivas nuestras). Sólo en una economía monetaria puede montarse la esfera de una moneda de crédito, y, de nuevo, ésta no implica necesariamente un modo capitalista de producción. El crédito *comercial* aparece aquí como primera instancia del crédito en una economía monetaria, y conforma una segunda *frontera*, esta vez, entre el sistema monetario en general y el sistema del crédito —que se divide en comercial y *bancario*. En este último, tiene lugar la “desmaterialización última del dinero, y su reencarnación” (p. 82). El crédito bancario es esencial al desarrollo del sistema capitalista en tanto permite crear moneda “inmaterial” para aumentar las disponibilidades de los capitalistas *industriales* que buscan invertir en producción a una escala ampliada. En términos deleuzo-guattarianos, este desarrollo de instituciones encargadas de la emisión monetaria dirigida directamente a la producción no sería posible sin la previa decodificación de la moneda, formando esta un flujo abstracto capaz de envolver por sí mismo el conjunto de las fuerzas productivas sociales, sin que medie entre ellas ninguna instancia externa al proceso económico (la Tierra o el déspota).

En el momento en que el crédito funciona más allá de la esfera mercantil (en la cual sin embargo se apoya) para intervenir directamente en la producción industrial, se constituye la esfera del capital financiero (ver de Brunhoff, 1973, p. 79), específico de la forma de producción capitalista, y que introduce una “división del trabajo” (pp. 89-90) en la clase capitalista. Cuando las letras y créditos bancarios comienzan a ser convertidos ellos mismos en “moneda” y “mercancías”, es decir, a ser negociados e intercambiados, se constituye la esfera de circulación del capital financiero que se independiza en grados crecientes del capital “real” (grados cada vez más “desmaterializados”). En esta brecha tiene lugar la “creación” de moneda (ver de Brunhoff, 1973, p. 97 y ss.) que analizaba Schmitt, como una deuda del banco emitida sobre sí mismo para constituir créditos. Si la moneda “negativa” formaba uno de los atributos de la sustancia auto-productiva del capital,

ella aparece aquí en su forma más acabada, en tanto esta sustancia crece y “se nutre de su propia circulación” (p. 100).

Todo este sistema “desmaterializado” de moneda “ficticia” toca sus límites en los momentos de crisis, cuando, por distintos motivos coyunturales, la demanda universal de dinero en metálico —que es el medio exigido para saldar los créditos—, lleva a una interrupción del circuito del crédito y, consecuentemente, de la inversión y de la reproducción del proceso productivo. La interrupción crediticia y productiva lleva a una interrupción de la circulación mercantil, base de todo el sistema. Algunos capitalistas —financieros, comerciales e industriales— se irán a la quiebra, y el proletariado en su conjunto sufrirá, por supuesto, las peores consecuencias. En estos períodos, la interrupción del circuito crediticio tiene como efecto la reconstitución de *stocks* de valor atesorado y, eventualmente, el restablecimiento del dinero en su función básica de equivalente general (ver de Brunhoff, 1973, p. 129). Las fronteras entre las distintas prácticas bancarias se reacomodan, relanzando el proceso global.

Los análisis de Schmitt y de Brunhoff nos permiten entrever con más detalle qué tienen Deleuze y Guattari en mente cuando hablan de una axiomática social o una axiomática capitalista, núcleo del funcionamiento del sistema económico global. La política monetaria de los países dominantes en materia comercial, sus relaciones con la economía de los países periféricos, las decisiones de las grandes empresas y corporaciones multinacionales, las tendencias estadísticamente mayoritarias de las pequeñas, las exigencias de los grandes organismos de crédito, las prácticas bancarias y financieras preponderantes en un momento dado del desarrollo del capital, conforman los axiomas variables de la máquina capitalista. La axiomática es una *función multidimensional* de gran complejidad que selecciona, bloquea o libera, conecta o separa los distintos flujos abstractos correspondientes a las diferentes esferas de circulación capitalista, poniéndolos en relación con cualesquiera flujos le sean convenientes para extraer plusvalía e incrementar el flujo filiativo del capital. Agentes productivos (que engloban flujos humanos y no humanos), mercantiles, bancarios, financieros, estatales, etc., y los flujos que circulan entre estos agentes según sus posiciones relativas en la red, son coordinados

simultáneamente por esta función. La axiomática constituye la máquina social, gran mega-máquina global contemporánea.<sup>13</sup>

La moneda es el elemento central de la operatoria axiomática; elemento universal que atrae el deseo y cuyo fluir articula los flujos heterogéneos. Pero no la moneda como medio de pago (el salario como capital variable territorializado en el mercado), sino la moneda en tanto “flujo de *poder mutante*”, *potencia* de “desmaterialización”, de desterritorialización absoluta.<sup>14</sup> Contrariamente a lo que el sentido común indica, lo que se *desea* no es la “potencia” de la moneda para adquirir productos, sino la “pura potencialidad” de la riqueza abstracta para auto-engendrarse.<sup>15</sup> Esto va de la mano con la concepción del deseo que manejan Deleuze y Guattari, según la cual este es esencialmente *procesual, impersonal y productivo* (y no subjetivo, ni dirigido a un objeto). A través de esta “identidad de régimen” entre deseo y capital, el capitalismo logra el enlace entre la economía política y la economía deseante. El flujo de poder mutante —“objeto” del deseo en el *socius* capitalista— y el flujo de la moneda como medio de pago se confunden mutuamente y se disimulan el uno en el otro. Pero, emplazados en las esferas relativamente autónomas de su circulación específica, ambos constituyen dos regímenes de signos heterogéneos, que expresan la asimetría de potencias entre los flujos de la relación diferencial capitalista.

<sup>13</sup> Término de Lewis Mumford que Deleuze y Guattari (1972, p. 165) rescatan para definir cada *socius* como una “máquina social”. Cada individuo humano, en tanto socialmente emplazado, constituye una pieza de esta mega-máquina, al igual que las máquinas técnicas, institucionales, científicas, etc.

<sup>14</sup> En la primera parte de su libro, Schmitt se encarga de demostrar que la moneda es deseada por sí misma, por su potencia proyectiva o prospectiva, y no por su poder de compra: “los encajes son deseados, no por los bienes que sostienen bajo su poder de compra inmediato, sino en sí mismos, en tanto neutralizan incertidumbres del porvenir” (Schmitt, 1966, p. 57).

<sup>15</sup> El elemento de la “pura potencialidad” corresponde, según Deleuze (1968, p. 227) al elemento diferencial de la Idea, en cuanto este es capaz de generar determinaciones a partir de sus relaciones, dadas por las diferentes cadenas o series de potencias a través de las singularidades que las articulan o desarticulan (Santaya, 2020). Esta “pura potencialidad” de la Idea es *realizada*, de acuerdo a la ontología de *Diferencia y repetición*, por la *intensidad*, como factor *expresivo* de la Idea, que actualiza su virtualidad. Analizamos esto en la tercera sección del presente trabajo.

#### 4. Semiótica capitalista y dominación económica

[N]o es el mismo dinero el que entra en el bolsillo de un asalariado y el que se inscribe en el balance de una empresa. En un caso, *signos monetarios impotentes de valor de cambio*, un flujo de medios de pago relativo a bienes de consumo y valores de uso, una relación bi-unívoca entre la moneda y un abanico impuesto de productos [...]; en el otro caso, *signos de potencia del capital*, flujos de financiamiento, un sistema de coeficientes diferenciales de producción que atestiguan una fuerza prospectiva y una evaluación a largo plazo, no realizable *hic et nunc*, y que funciona como una axiomática de las cantidades abstractas [...]. Medir los dos órdenes de magnitud con una misma unidad analítica es una pura ficción, una estafa cósmica, como si se midieran distancias intergalácticas o intra-atómicas con metros y centímetros. (Deleuze y Guattari, 1972, pp. 271 y 273; cursivas nuestras).

La inconmensurabilidad entre los flujos abstractos de riqueza y trabajo, y la “disparidad de las formas de la moneda *que los expresan*” (p. 282), insta un régimen de funcionamiento social cuya lógica descansa sobre dos tipos de regímenes de signos fundamentales: signos monetarios de impotencia (salario) y signos de potencia del capital (finanzas). Ellas corresponden a las dos esferas de la práctica monetaria que tanto de Brunhoff como Schmitt distinguían, y en cuyas relaciones recíprocas indagaban. Ambos regímenes semióticos se asientan sobre dos tipos de *prácticas*: el gasto o el atesoramiento del salario o renta poseídos por un agente (acción territorializada en la esfera de lo producido, o de los efectos), y la emisión de crédito o moneda escritural del sistema bancario (acción desterritorializada de la creación *ex nihilo* de moneda nominal en tanto *causa sui*). El dólar —que, a pesar de ver relativamente amenazado su rol dominante en la actualidad, continúa siendo el medio internacional de mensura y reserva de valor—<sup>16</sup> aparece como la “unidad analítica” de medida para ambos regímenes, en una disimulación que sostiene esa asimetría funcionando.

<sup>16</sup> Es de destacar que, en 1971 —un año antes de la publicación de *El anti-Edipo*—, los Estados Unidos anunciaban (ante el problema de la financiación de la guerra de Vietnam) el abandono definitivo del patrón oro. La economía monetaria global pasaba a depender entonces directamente de las fluctuaciones flotantes de las diferentes monedas escriturales de los Estados las unas respecto a las

Los términos usados en estos pasajes que venimos de citar vuelven a sugerir un cruce con las tesis ontológicas de *Diferencia y repetición*, pues la semiótica económica está caracterizada en términos de “signos”, de “potencia”, de “orden de magnitud”, de “distancia” y de “disparidad”. Toda esta gama de conceptos remite al capítulo V (y final) del libro del 68, protagonizado por la *intensidad*, en tanto “diferencia en sí misma” que tiene a cargo el movimiento de la *expresión* por el cual las Ideas virtuales (hechas de relaciones diferenciales y singularidades) comienzan su movimiento de actualización en el contexto de un proceso de individuación. La semiótica, en este sentido, está directamente vinculada al principio ontológico — como ya ocurría en *Nietzsche y la filosofía*: “Un fenómeno no es una apariencia ni una aparición, sino un signo” (Deleuze, 1962, p. 3)—. En el libro del 68, “el fenómeno es un signo, es decir, aquello que fulgura en el sistema en favor de la comunicación de los [órdenes] dispares” (Deleuze, 1968, p. 287), estando un sistema constituido por dos o más series heterogéneas, cada una a potencias diferentes. Todo fenómeno (en el caso de la economía, todo *precio*) implica un proceso productivo que supone una diferencia de potencial, a su vez *expresiva* de una Idea; como vimos antes para el *Nietzsche*, la formación y transformación de un cuerpo supone un campo de fuerzas que expresan una voluntad de poder. La comunicación entre órdenes de potencia diferentes constituye un campo de individuación en el cual se actualiza un virtual o se concretiza un abstracto. “Individuo”, “fenómeno” y “signo” son, entonces, sinónimos del resultado de una actividad de actualización de distancias entre potenciales *envueltos* o *implicados* en un *spatium* intensivo: el espacio —en permanente tensión diferencial— de la génesis ontológica.<sup>17</sup>

El devenir concreto de los agentes sociales en *El anti-Edipo* supone la *expresión* de la relación diferencial  $dy/dx$ , que forma el campo *pre-individual* sobre el cual se monta el proceso de individuación capitalista. La dualidad de la forma monetaria tiene un rol esencial en este proceso, en tanto los agentes sociales resultan determinados por su poder de decisión en los espacio-tiempos conformados por ambos regímenes. La inconmensurabilidad entre los flujos decodificados de

otras, y el valor perdía su expresión en un sustrato material fijo y estable, para asumir directamente su verdadera naturaleza capitalista, asentada en una constelación variable de flujos en conexión y tensión recíproca.

<sup>17</sup> Ver Mc Namara (2020) para una rigurosa reconstrucción del problema de los vínculos entre Idea e intensidad a través del concepto de “expresión” en la ontología deleuziana.



riqueza y capital es expresada por la máquina social en dos series de signos de potencias diferentes, que remiten a dos *órdenes de distancia* diferentes. Por un lado, el mercado de bienes de consumo (que supone una “relación biunívoca” entre la moneda como equivalente general frente a los valores de uso por los que es inmediatamente intercambiable). El espacio-tiempo correspondiente a este régimen monetario gravita en torno al sujeto individual “privado” que decide en qué empleará su poder de compra —podemos poner aquí la imagen paradigmática del comprador en la góndola del supermercado. Por otro lado, el mercado de capitales, que separa y conecta diferentes cadenas económicas en función de los movimientos de inversión y dirección de los flujos de financiamiento. Este régimen, en tanto sistema espectral, encontraría su paradigma en la ruptura de todo espacio-tiempo o territorio relativamente estable, pues es la tendencia centrífuga del capital hacia una pura exterioridad en la que se vería depurado de su anclaje en sujetos consumidores y valores de uso, para alcanzar el movimiento “puro” de la valorización del valor.<sup>18</sup>

Se trata de dos regímenes espacio-temporales radicalmente diferentes, entre los cuales domina la multiplicación del flujo de capital constante: “si uno de los flujos se encuentra subordinado y esclavizado por el otro, es porque no están a la misma potencia ( $x$  e  $y^2$ , por ejemplo), y porque la relación se establece entre una potencia y una magnitud dada” (Deleuze y Guattari, 1972, p. 296). En realidad, es  $x$  (que simbolizaba el capital constante), la forma de potencia superior en el *socius* capitalista, y su potencia carece de toda medida común con la magnitud  $y$  (capital variable) en cuanto aquel es capaz de reconstituirse siempre a una escala u orden

<sup>18</sup> Comentando a Roffe (2017), Holland (2019, p. 312) es sumamente elocuente describiendo tanto el carácter potencial o intensivo de los precios en el mercado, como la diferencia de potencia entre el régimen del consumidor-asalariado y el régimen del capitalista: “La diferencia entre pagar \$5 y pagar \$10 por un par de zapatillas es completamente distinta de la que hay entre pagar \$295 o pagar \$300 por otro par de zapatillas:  $\$5 \neq \$5$ . De modo similar, nadie que pague \$300 por un par de zapatillas compraría 20 pares de zapatillas de \$15 cada uno:  $\$300 \neq \$300$ . Sin embargo, en la superficie de registro del mercado, un par de \$300 es evidentemente igual a 20 pares de \$15:  $\$300 = \$300$ . Desde la perspectiva del inversor, diferente de la del consumidor, \$300 iguala \$300, sea que se gasten en *stilettos* de alta calidad o en una zapatilla barata. Comienza a parecernos que la superficie del mercado en el capitalismo es asimétrica, y tiene dos caras: una mira a los consumidores, la otra mira a los inversores, y solo una de ellas responde al axioma de homogeneidad según el cual un dólar siempre y en todas partes es igual a un dólar”.

superior. Potencia enésima del capital, o “pura potencialidad” de la fluxión del plusvalor,  $x^n + dx$ . Esta suprema potencia desterritorializante es el “flujo de poder mutante”, y está a la base de la potestad de la praxis bancaria para crear moneda de crédito fantasmática o inmaterial, la cual, una vez emitida y en circulación, puede volverse objeto de intercambios tales que susciten nuevos créditos y nuevas emisiones *ex nihilo*, en una serie creciente de circuitos de intercambio “desmaterializados”, sin límite *a priori*.

En tanto territorializada en una relación biunívoca con bienes de consumo, la moneda “medio de pago” es impotente, un signo incapaz de proyectarse más allá de su aniquilación al trocarse por dichos bienes. Deleuze y Guattari invierten entonces la valoración terminológica de Schmitt, que caracterizaba como “impotente” a la moneda bancaria y como “potente” a la metálica, en tanto sólo esta es intercambiable por valores de uso. Esa valoración schmittiana es una consecuencia del *cinismo* propio de la civilización capitalista,<sup>19</sup> donde la moneda debe aparecer como unidad analítica unívoca para poder devenir objeto de una inversión colectiva de deseo. En realidad, como vimos, no es nunca la moneda como medio de pago lo que el deseo desea, sino la moneda como flujo mutante: siempre la desterritorialización por sobre la territorialización que le es, sin embargo, correlativa y necesaria. Lo deseado es  $dx$  como potencia prospectiva de la moneda de financiamiento, su (auto)expansión y su capacidad infinitamente productiva para crear nueva riqueza y nuevos circuitos mercantiles (y destruir otros).

La axiomática acompaña los movimientos coyunturales de las fluctuaciones del capital y se reconfigura en cada caso para mantener sus flujos constitutivos en situación de mutua dependencia y dominación unilateral.<sup>20</sup> Explorar, seleccionar

<sup>19</sup> “Pero cómo ha crecido el cinismo cuando se llega a declarar: no, nadie es robado. Porque todo reposa entonces sobre la disparidad entre dos tipos de flujo, como en un abismo insondable donde se engendran la ganancia y la plusvalía: el flujo de potencia económica del capital mercantil y el flujo llamado, irrisoriamente, «poder de compra», flujo verdaderamente *impotentado* [*impuissanté*] que representa la impotencia relativa del asalariado como la dependencia relativa del capital industrial. La verdadera policía del capitalismo es la moneda y el mercado.” (Deleuze y Guattari, 1972, p. 284).

<sup>20</sup> Cabe recordar el uso técnico del término “axiomática” en *Diferencia y repetición*, el cual designa una dimensión específica de las Ideas virtuales: ellas “determinan un axioma común para relaciones diferenciales de orden diferente, a condición

y fijar los medios para la unificación de los flujos en un único medio de inscripción global, así como las condiciones de composición, traducción y convertibilidad de los flujos para cada escenario coyuntural del capital, es la tarea perpetuamente retomada de la axiomática. Ella se encarga de que siempre domine el flujo no-apropiable de moneda financiera desterritorializada, que destruye y regenera a su conveniencia los territorios, para asignar a la moneda medio de pago su potencia reducida. La disimulación objetiva de una por otra constituye el núcleo “inconfesable” de la inmanencia capitalista (ver Deleuze y Guattari, 1972, p. 294). Si la esencia productiva común al deseo y al trabajo generaba la *identidad de naturaleza* entre el funcionamiento de la economía libidinal y la economía política (máquinas deseantes y máquina social), la axiomática genera la *diferencia de régimen* entre una y otra, instaurando un sistema de represión generalizada que subordina los flujos del deseo a las condiciones de miseria bajo las cuales las grandes masas de la población mundial viven y mueren. El flujo impersonal de poder mutante del capital es la esclavitud generalizada por la cual los hombres luchan “como si se tratara de su salvación” (pp. 36-37).

Por debajo de ese flujo de poder mutante se asienta toda la jerarquía de nuestro *socius* contemporáneo. En él, los signos de poder social ya no están codificados mediante relaciones de prestigio dadas por su proximidad a una instancia extra-económica, que pre-cualifica (u homogeniza) los flujos y los relaciona indirectamente, sea esta una instancia trascendente (como para la nobleza y el séquito del déspota, en filiación directa con Dios), o inmanente (como para la familia de los jefes tribales en filiación indirecta con los ancestros y la Tierra). Al contrario, el poder social se halla asimétricamente distribuido a través de toda la inmanencia del *socius*, según los axiomas que regulan circunstancialmente el flujo

de que este axioma coincida él mismo con una relación diferencial de tercer orden (por ejemplo, adición de números reales y composición de desplazamientos; o, en un dominio completamente distinto, el tejer-hablar en los Dogon de Griaule)” (Deleuze, 1968, p. 242). El ejemplo de la adición de números reales y la composición de desplazamientos reaparece en las clases de Deleuze sobre la axiomática capitalista de 1980 (ver 2017, pp. 275-285), graficando la idea de dos modelos heterogéneos de realización para un mismo conjunto de axiomas. Podríamos ver en el uso del 68 una prefiguración de lo que será la axiomática capitalista del 72 (y, sobre todo, de 1980, con *Mil mesetas*). Esta supone el dictado de una serie de axiomas comunes para mantener los flujos inconmensurables o “de orden diferente” (trabajo y riqueza abstractos) directamente en relación, siendo la moneda, acaso, esa relación “de tercer orden” en la que confluyen aquellos.

difuso y mutante del capital a través del régimen monetario correspondiente. Al no reducirse a una instancia fija, que la localice o territorialice cabalmente en el cuerpo social, la axiomática aparece como un dispositivo de poder que hace patente la esencia impersonal y ubicua del deseo como sostén del *socius*. Con respecto al capital como cuasi-*causa* de la (re)producción social, todos somos siervos y piezas de la máquina. Por muchas diferenciaciones que puedan hacerse entre estratos sociales, en base a lugar de residencia, nivel de ingresos, capacidad de acceso al crédito, etc., toda esa estratificación se anula desde el punto de vista del deseo de valor. No todos los hombres viven igual, no todos poseen los mismos *intereses* de clase, pero todos *desean* por igual la megamáquina capitalista. La disimulación de la dualidad monetaria, la ilusión de la mutua convertibilidad entre sus potencias, alcanza para “hacer que el Deseo de la criatura más desfavorecida invista con todas sus fuerzas, independientemente de todo conocimiento o desconocimiento económicos, el campo social capitalista en su conjunto” (Deleuze y Guattari, 1972, p. 272).

La perspectiva de la economía político-libidinal, entonces, pone al trabajo abstracto y al deseo en pie de igualdad en tanto *procesos productivos*, y al capitalismo como el sistema social donde ambos quedan cooptados y subordinados bajo la fascinación de la instancia directamente económica y espectralmente *autopoiética* que lo define. El dinero que engendra dinero pone en bucle la esencia productiva del deseo, atrayéndolo a su proceso sin fin. La radical desterritorialización que este proceso supone (en la moneda espectral de los flujos de financiamiento), exige constantemente reterritorializaciones locales, más o menos efímeras (en la moneda metálica de los salarios, rentas o medios de pago). Ambos movimientos constituyen los dos polos de la axiomática capitalista (ver Deleuze y Guattari, 1972, p. 309); uno decodifica y libera los flujos, el otro los captura bajo fragmentos o restos de código siempre insuficientes para contrarrestar la suprema potencia desterritorializante del capital mutante.

Independientemente de la cantidad y calidad de valores de uso que un sujeto pueda adquirir en función de sus ingresos reales —que constituye el nivel *visible* de la jerarquía social, y la posibilidad de realizar una división grosera (empírica) de las *clases*—, la axiomática constituye un sistema de dominación inédito porque incluso las clases dominantes —desde el punto de vista de los códigos residuales existentes— son esclavizadas por la máquina. El burgués “absorbe la plusvalía para

finés que, en su conjunto, no tienen nada que ver con su goce: más esclavo que el último de los esclavos, primer sirviente de la hambrienta máquina, bestia de reproducción del capital” (Deleuze y Guattari, 1972, p. 302). Si la organización bipolar del campo social, a través de la noción de clase, fue el fruto de la praxis socialista revolucionaria del siglo XIX (pp. 303 y ss.), la dependencia de los Estados socialistas respecto a los códigos artificiales generados en el marco de la axiomática capitalista mundial pueden contarse entre los motivos de su fracaso. En este sentido, los conceptos de *El anti-Edipo* pueden ser todavía un insumo valioso para repensar un proyecto socialista para el siglo XXI. Uno que pueda tomar en cuenta la esencia productiva, impersonal, colectiva y trans-humana del deseo, y los mecanismos bajo las cuales ella es universalmente subyugada, para replantear teórica y prácticamente el problema de la emancipación, y de lo que significa *desearla* (puesto que “se quiere y se hace la revolución por deseo, y no por deber”, Deleuze y Guattari, 1972, p. 412).<sup>21</sup>

Creemos que el debate en torno a la función social del dinero y el mercado, dentro de las coordenadas abiertas por la economía político-libidinal deleuzo-guattariana, se vuelve fundamental en este punto. Originalmente potestad del Estado despótico, la moneda le es luego arrebatada por la descodificación generalizada y la puesta en inmanencia de la axiomática capitalista mundial. En aquella función primordial, la moneda era la mediación del polo estatal trascendente para sobrecodificar (u homogeneizar bajo un único régimen semiótico) la pluralidad de cadenas heterogéneas de intercambio propias de las sociedades primitivas. El Estado genera el primer gran movimiento de desterritorialización; la axiomática capitalista realiza el segundo (ver Deleuze y Guattari, 1972, p. 263). La inmanentización de los Estados por la axiomática mundial va de la mano con la privatización de los individuos humanos, determinados como *átomos* independientes poseedores de fuerza de trabajo, o bien de capital constante, según qué aspecto de la relación diferencial encarnen a través de su relación con la disparidad monetaria. La apuesta de *El anti-Edipo* es que aquellos movimientos de desterritorialización no tienen aún la última palabra, y que puede haber

<sup>21</sup> En esta línea, ver el análisis de Spinelli (2021), que señala tanto la mancomunación de la noción marxista y la deleuzo-guattariana de “producción” en un sentido que supera la división “hombre y naturaleza”, como así también la potencia del esquizoanálisis para reconfigurar los horizontes del proyecto comunista, particularmente emplazada en nuestra contemporaneidad latinoamericana.

desterritorializaciones que destruyan las formas de territorialidad arcaicas o artificiales de la axiomática capitalista, en pos de una *nueva tierra* (ver Deleuze y Guattari, 1972, p. 383-384). Si un *pueblo* “es siempre el resultado de la desterritorialización de una población” (Deleuze, 2017, p. 271), el conocido motivo deleuziano del “pueblo por venir” debe estar asociado, ante todo, a la *desterritorialización de la privatización de los sujetos humanos*, y de la forma jurídica de la propiedad privada que deriva de ella.<sup>22</sup>

¿Cuál, y cómo sería esa nueva tierra, liberada del imperio de la privatización? ¿Qué papel jugaría en ella la forma-Estado? ¿Y la forma-moneda...? Acaso la moneda pueda devenir un factor de atracción de deseo no ya desde su potencia espectral y desterritorializante del lazo social, sino, al contrario, como sostén simbólico de prácticas nutritivas para ese mismo lazo. Deseo de una forma monetaria que haga patente y dé expresión a la interdependencia radical e irreductible entre los nodos de una red productiva, impersonal y trans-humana. Acaso un Estado intensivo<sup>23</sup> sea capaz de acuñar esa moneda; un Estado inmanente no ya a la axiomática del mercado global, sino al movimiento de una población desterritorializada (léase, en retirada respecto las sobrecodificaciones despóticas que esclavizan al conjunto, pero también respecto a las efímeras codificaciones residuales, propias de la axiomática, que alienan a algunos dentro de la esfera narcotizante de los bienes suntuarios mientras condenan a tantos otros a la precariedad y la miseria).

Una nueva forma-Estado, entonces, que rechace tanto la trascendencia despótica como la inmanencia “civilizatoria”, fuentes de dos formas monetarias que son, en definitiva, dispositivos para el extractivismo, la represión y el control social. Una nueva forma-moneda como medio para la coordinación entre factores productivos tanto “sociales” como “naturales”, y sus flujos y circuitos de intercambio; un

<sup>22</sup> Sobre la relación necesaria de la axiomática con la propiedad privada individual, ver Deleuze y Guattari, 1972, especialmente p. 361.

<sup>23</sup> Respecto a la noción de “Estado intensivo” y su inserción en el debate sobre la filosofía política deleuziana, ver Ferreyra (2020). La necesidad de una reconfiguración de la forma-Estado, asociada a las luchas y reivindicaciones populares, es esencial evadir los peligros del “anarco-capitalismo” que subyacen al debate político-económico desde el deleuzismo. Propuestas como las de Alizart (2020) en torno a las criptomonedas como forma de liberación social, concentran las tintas en la abolición del Estado, sin alcanzar una crítica (a nuestro juicio) al imperio de la forma de la propiedad privada, que subyace al nacimiento y las prácticas de esas formas monetarias.

incentivo, popularmente sostenido y estatalmente dirigido, para la multiplicación, diversificación y redistribución de esos circuitos de intercambio, en función de fomentar relaciones simbióticas entre ellos. La moneda, la mercancía y el comercio no implican de por sí la servidumbre, ni un atributo propio del capitalismo (también el abejorro y el trébol rojo, o la avispa y la orquídea, plantean ante todo una relación de intercambio). Ellas pueden incluso contar con potencias revolucionarias capaces de colarse entre nuestras prácticas más cotidianas, habilitando experimentaciones que rearticulen las cadenas de signos circulantes, constitutivas de la organicidad entre lo micro y macropolítico, lo individual, grupal e institucional. Una nueva forma-moneda que incluso admita o propulse su automultiplicación cualitativa, una multiplicación de las monedas, de sus circuitos de circulación y sus medios de traducción recíprocos, en vistas no ya del crecimiento de *un* flujo monetario homogéneo y abstracto, sino del mutuo cuidado, preservación y retroalimentación de las conexiones vitales entre las partes heterogéneas del todo orgánico por el cual esas monedas circulan. Si hay aún una esperanza real (es decir, emplazada en nuestro desolador contexto contemporáneo) para una conjugación virtuosa entre las cadenas moleculares del deseo y una nueva formación molar —molaridad necesaria, en cualquier caso, para la vida de todo cuerpo social—, ella radica en la lucha política por constituir estas instancias. Es en *este* sentido, tal vez, que todavía no hemos visto nada

GONZALO SANTAYA.

«El capital como relación diferencial: teoría monetaria y dominación económica en El anti-Edipo». HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 13 N° Especial. A 50 años de El Anti-Edipo. Vigencias para una política. ISSN 0718-8382, Septiembre 2022, pp. 97-129

## Referencias

Alizart, Mark (2020), *Criptocomunismo*. Trad.: Valdivia, Manuela. La Cebra, Adrogué.

Cencini, Alvaro. "Introduction: the research work and scientific legacy of Bernard Schmitt". En: Bailly, Jean-Luc, Cencini, Alvaro, y Rossi, Sergio (eds.). *Quantum Macroeconomics. The Legacy of Bernard Schmitt*. Routledge, Nueva York, 2017: 1-20.

De Brunhoff, Suzanne (1971). *L'offre de monnaie. Critique d'un concept*. Maspero, París.

De Brunhoff, Suzanne (1973). *La concepción monetaria de Marx*. Trad.: Acevedo, Hugo. Ediciones del Siglo, Buenos Aires.

Deleuze, Gilles (1962). *Nietzsche et la philosophie*. Presses Universitaires de France, París.

Deleuze, Gilles (1968). *Différence et répétition*. Presses Universitaires de France, París.

Deleuze, Gilles (1995). *Pourparlers*. Minuit, París.

Deleuze, Gilles (2002). *L'île déserte et autres textes. Textes et entretiens 1953-1974*. Minuit, París.

Deleuze, Gilles (2010). *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*. (3º re-imp.). Trad.: equipo editorial Cactus. Cactus, Buenos Aires.

Deleuze, Gilles (2017). *Derrames II. Aparatos de Estado y axiomática capitalista*. Trad.: Ires, Pablo, y Puente, Sebastián. Cactus, Buenos Aires.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1972). *L'anti-Oedipe*. Minuit, París.

Duffy, Simon "The mathematics of Deleuze's differential logic and metaphysics". En: Duffy, Simon (ed.) *Virtual Mathematics. The Logic of Difference*. Clinamen Press, Manchester, 2006: 118-144.

Exposto, Emiliano, y Rodríguez Varela, Gabriel (2020). *El goce del capital. Crítica del valor y psicoanálisis*. Editorial Marat, Buenos Aires.

Ferreyra, Julián (2010). *L'ontologie du capitalisme chez Gilles Deleuze*. Hachette, París.



GONZALO SANTAYA.

«El capital como relación diferencial: teoría monetaria y dominación económica en El anti-Edipo». HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 13 N° Especial. A 50 años de El Anti-Edipo. Vigencias para una política. ISSN 0718-8382, Septiembre 2022, pp. 97-129

Ferreya, Julián. «El estado intensivo: Ontología y Política en Gilles Deleuze». *Revista De Filosofía Aurora*, 32.56 (2020): 503-523. <https://doi.org/10.7213/1980-5934.32.056.A002>.

Goux, Jean Joseph. «Dérivable et indériverable». *Critique*. nº 272 (1970): 43-64.

Holland, Eugene. "Market Theory and Capitalist Axiomatics". En: *Deleuze and Guattari Studies*, 13.3 (2019): 309–330. DOI: 10.3366/dlgs.2019.0360

Marx, Karl (2008). *El capital*. T. I. Vol. I (28ª reimp.). Trad.: Scaron, Pedro. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

Mc Namara, Rafael. «Un campo trascendental animado: idea e intensidad en la ontología de Gilles Deleuze». En *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 37.3 (2020): 483-494. <https://doi.org/10.5209/ashf.69941>

Rae, Gavin. "Independence, Alliance and Echo. Deleuze on the Relationship between Philosophy, Science and Art". En: Collet, Guillaume (ed.) *Deleuze, Guattari, and the problem of Transdisciplinarity*. Bloomsbury, Londres, 2020: 237-260.

Roffe, Jon (2015). *Abstract Market Theory*. Palgrave MacMillan, Londres.

Rosanvallon, Jérôme, y Preteseille, Benoît (2016). *Deleuze et Guattari à vitesse infinie*. T. II. Ollendorff et Deseins, París.

Santaya, Gonzalo (2017). *El cálculo trascendental. Gilles Deleuze y el cálculo diferencial: ontología e historia*. RAGIF Ediciones, Buenos Aires.

Santaya, Gonzalo. "Series, Singularity, Differential. Mathematics as a Source of Transcendental Empiricism". En: Olkowski, Dorothea, y Ferreyra, Julián, *Deleuze at the End of the World. Latin American Perspectives*. Lanham, Rowman & Littlefield, 2020: 33-58.

Schmitt, Bernard (1966). *Monnaie, salaires et profits*. Presses Universitaires de France, París.

Schmitt, Bernard (1960). *La formation du pouvoir d'achat*. Presses Universitaires de France, París.

Sibertin-Blanc, Guillaume (2013). *Politique et État chez Deleuze et Guattari. Essai sur le matérialisme historico-machinique*. Presses Universitaires de France, París.

Spinelli, Juan Manuel «Esquizoanálisis y (re)fundación del comunismo». En: Amarilla, Sebastián, Bertazzo, Georgina, y Santaya, Gonzalo (eds.). *Las potencias del continuo. Deleuze: ontología práctica 3*. RAGIF Ediciones, Buenos Aires, 2021: 237-251.